

Capítulo IV: la contradicción

Ya no podemos permitirnos recoger del pasado lo que era bueno y denominarlo sencillamente nuestra herencia, despreciar lo malo y considerarlo simplemente como un peso muerto que el tiempo por sí mismo enterrará en el olvido. La corriente subterránea de la Historia occidental ha llegado finalmente a la superficie y ha usurpado la dignidad de nuestra tradición. Esta es la realidad en la que vivimos y por ello son vanos todos los esfuerzos para escapar al horror del presente penetrando en la nostalgia de un pasado todavía intacto o en el olvido de un futuro mejor.⁵⁴⁶

A manera de conclusión, después del recorrido realizado a lo largo de esta investigación, nos arriesgamos a proponer lo siguiente: el modo de ser de los habitantes de la calle entra en contradicción con el modo de ser de los ciudadanos-consumidores y sus lógicas sistémicas. El modo de *ser y estar* del Marginal se encuentra organizado desde la relación colectiva; la misma que está atravesada y articulada por el Deseo, que, según muestra el análisis del tercer capítulo de esta investigación, es el sentido ético propio de las comunidades de vida marginal.

La marginalidad urbano-avanzada funda, como hemos visto, un modo de *habitar-en-el-mundo* cualitativamente distinto al habitual, realidad que poco a poco tiende a configurarse en, lo que siguiendo la tesis de Levinas, hemos denominado: el Otro, la alteridad radical o antagónica de la sociedad capitalista avanzada. En rigor en esta investigación, el Otro antagónico es propiamente una relación intersubjetiva que abre una *comunidad humana*. Como diría Dussel una: “...*comunidad de vida de los seres humanos corporales, en cuanto producen, reproducen y desarrollan su propia vida en un tipo de relación social fundamental, material, de contenido*”⁵⁴⁷ Una comunidad de vida de los seres humanos que han sido expulsados, desterrado, exiliados de la sociedad, convertidos en el *homo sacer*⁵⁴⁸ de la

⁵⁴⁶ Selsler, Julio, *Loïc Wacquant, Las Cárceles de la Miseria*, <http://www.ucasal.net/alumnos/materiañ/toleranciaselsler.htm>, p.3.

⁵⁴⁷ Dussel, Enrique, *Sobre el sujeto y la intersubjetividad: el agente histórico como actor de los movimientos sociales*. Revista Pasos # 84, Ed. DEI, Costa Rica, 1999, p. 5.

⁵⁴⁸ “Vinculada con el psicoanálisis, esta definición de lo sagrado nos ayuda a entender la fuerza que ejerce el gamín dentro de nuestro imaginario social. Jacques Lacan hizo la conexión entre las estructuras formales del pensamiento –el lenguaje, la ideología, las tradiciones– el super-yo, llamando a este conjunto ‘orden simbólico’. Lo que no cabe dentro del orden es fascinante y horroroso, porque no lo entendemos en términos lacanianos, es ‘lo Real’. Julia Kristeva junto el pensamiento de Lacan con el de Douglas para decir que lo que se escapa del orden simbólico es lo sagrado.” Shaw, Kurt, *Edipo en la Calle, La lógica de la exclusión en la infancia callejera*,

modernidad capitalista. Impedidos de participar en la vida política, económica y cultural de la sociedad; desconocidos por la ley de los ciudadanos y por los derechos de los consumidores.

La comunidad de vida marginal, si bien existe como posibilidad de producir y reproducir la vida de los habitantes de la calle en ese nivel fundamental, material, de contenido, carece de existencia positiva a nivel del lenguaje. El modo de *ser* y el *estar* de las comunidades de vida marginal no han logrado la constitución de lo que en el ámbito de la religión corresponde a la profecía, es decir no han encontrado la enunciación del mundo que con su praxis, en tanto que personas reales, construyen.

La relación entre la sociedad formal capitalista y la comunidad de vida marginal no es una relación entre existencias positivas, sino más bien entre un modo de ser que existe como realidad y un modo de ser cuya existencia se afirma en el *no ser*, en lo que *no es aún*, en el deseo de lo imposible. En este sentido hay que aclarar que el Otro no es un yo situado en la otra orilla de la sociedad, sino que se presenta a distinto nivel como: a) una falla en el orden simbólico-social del mundo capitalista, nunca dada en su positividad, y b) como posibilidad que in-siste, que busca ser en aquello que es como promesa.

La mancha en el cuadro social

Siguiendo las reflexiones teóricas de Žižek en torno al “síntoma”, ya planteadas en el primer capítulo de esta investigación, podemos decir que, en las condiciones del mundo actual, las comunidades de vida marginal son una falla. Cualidad dada por su condición de producto, resto, remanente, exceso del proceso simbólico-social y económico capitalista. Un residuo que escapa a la simbolización y que en tanto tal, es la misma simbolización capitalista (lógica del capital) la que lo produce. Una falla que tiene la fuerza de provocar deformaciones en cada una de las esferas sociales (económica, política, jurídica, ideológica) del universo capitalista. Una herida abierta que crece lozanamente en el cuerpo de la sociedad provocando una borradura en el texto cotidiano dominante.

Como síntoma del capitalismo avanzado, la comunidad de vida marginal es una forma humana particular “patológica”; una mancha inerte que resiste a la comunicación y a la interpelación; una mancha que no puede ser incluida en el circuito del discurso ni en la red de

vínculos sociales. Sin embargo, es al mismo tiempo una condición positiva del capital en tanto que materialización del proceso de valorización del valor y en este sentido es una especie de: “...*marca corporal aterradora que es meramente un testigo mudo que testimonia un goce repugnante sin representar a nada ni a nadie.*”⁵⁴⁹ Un hombre que al igual que el *homo sacer*, de la antigua Roma, ha perdido no solo los derechos, sino también su condición de ser humano (desde la óptica de la Modernidad), y ha sido reducido a puro cuerpo biológico.

La presencia biológica del Marginal en la sociedad es “...*un resto, un remanente que no es reductible a una red de relaciones formales propias de la estructura simbólica, pero que es paradójicamente, al mismo tiempo, la condición positiva para que se efectúe la estructura formal.*”⁵⁵⁰ Los discursos del desarrollo, de la pobreza, del progreso, etc., en tanto que campos ideológicos sustentadores del orden social actual, se estructuran gracias a la presencia de la marginalidad por su condición de resto, de *excremento*, de la sociedad. Esta paradoja se explica en cuanto que el orden simbólico social capitalista siempre está falto, en este caso específico por la lógica presente en la valorización del valor, y es el expulsado: “...*el elemento material contingente (que) encarna este bloqueamiento interno, este límite en la estructura simbólica*”⁵⁵¹ capitalista, como se explicó en el primer capítulo de esta investigación. Según dice Zizek: “*La estructura simbólica ha de abarcar un elemento que encarne su ‘mancha’, su propio punto de imposibilidad en torno al cual se articule: en cierta manera, es la estructuración de su propia imposibilidad.*”⁵⁵²

Una falla en el propio discurso de la Ilustración Humanista, pues con su aparente valorización de los derechos humanos una ley que destierre a los humanos de su ciudadanía y su vida no es legítima, y sin embargo, como sostiene Kurt Shaw,⁵⁵³ *el destierro, la exclusión y la expulsión existen*. Existe como herida, el “pequeño fragmento de lo real” que no puede ser integrado a la totalidad de lo social ni del discurso, y que sin embargo permite articular tanto la sociedad capitalista, así como el discurso humanista.

⁵⁴⁹ Zizek, Slavoj, *El sublime Objeto de la Ideología*, Siglo XXI editores, México, 1999, p. 111.

⁵⁵⁰ Ídem. p. 237.

⁵⁵¹ Ídem. p. 238.

⁵⁵² Ídem. p. 238.

⁵⁵³ Shaw, Kurt, *Edipo en la Calle, La lógica de la exclusión en la infancia callejera*, Shine a Light, Ensayos para entender la Calle, Marzo 2003, <http://www.shinealight.org/library.html>, <http://www.shinealight.org/Edipo.doc>. p. 6.

El otro que in-siste

Las comunidades de vida marginal como falla, falta, resto o mancha abren un agujero en el corazón del universo simbólico capitalista, el mismo que produce el vacío primordial de lo no simbolizado que abre la posibilidad que in-siste por un nuevo proceso de simbolización. Es desde su *no ser*, desde su negatividad, desde su no existencia positiva que la comunidad de vida marginal in-siste, busca afirmar su *ser* en la carencia, en aquello que *es* como promesa. Una presencia que se anuncia en su *aún-no*, en su ausencia, como añoranza de un tiempo deseado, como promesa de un texto que ofrece escribirse como historia. Esta es la razón por la cual la marginalidad aún cuando no tiene existencia positiva produce una serie de efectos estructurales en la sociedad y es por eso que, como se vio en el capítulo anterior, se manifiesta como una deformación social en medio de la urbe moderna.

Esta vacuidad sustancial abierta por la falla en el orden simbólico-social capitalista, es la carencia desde donde se abre la ética marginal como deseo. El deseo es lo que mueve la nostalgia del mundo que aún *no es*, la misma que parte de la experiencia del hombre como ser en falta. El hombre en falta es aquel desterrado de la sociedad y su orden simbólico, arrojado al vacío de sentido donde la crisis de la existencia humana deja de ser latente y se hace evidente. En calidad de extranjero, el expulsado, a pesar de *estar dentro* de la sociedad, carece del orden simbólico que estructure su existencia, es un “muerto-vivo”, una carencia de mundo. Desde esta situación su in-sistencia es la urgencia que busca resolver su cuestionada existencia humana por medio de la promesa de un nuevo orden simbólico, de una nueva sociedad.

El deseo como sentido articulador de la ética marginal tiende hacia lo totalmente otro, hacia lo absolutamente otro, hacia un mundo en el que no nacieron y al que nunca irán. Es el deseo que no podrá ser satisfecho en este mundo porque esta más allá de este horizonte histórico, más allá de este orden simbólico, por eso, ninguna fantasía estructurada desde él puede cubrir la carencia, satisfacer el deseo de la ética marginal. En este sentido la brecha abierta por la ética marginal del deseo no es posible cerrarla pues la distancia entre el deseo y el objeto del mismo (mundo-por-venir) es insuperable, y a su vez esa imposibilidad alimenta el deseo, se podría decir con Levinas que el deseo se alimenta de su propia hambre. Esta brecha, este vacío abierto por las comunidades de vida marginal es de carácter radical en la medida en que el deseo como in-sistencia no anticipa lo deseado, no

piensa previamente en la sociedad deseable, va hacia ella desde la aventura que abre lo absolutamente incierto.

Este deseo marginal que no es posible realizar al interior del horizonte histórico capitalista y que por lo tanto agranda la brecha, esto es el vacío de simbolización, se manifiesta como una inadecuación, una falla que al no poder ser simbolizada (totalizada) trasciende la sociedad y rompe su supuesta unidad. Esta ruptura establece una relación entre seres separados, distantes, antagónicos y confrontados

La Confrontación

En su calidad de falla e in-sistencia las comunidades de vida marginal -el Otro- entran en una relación con la sociedad de confrontación, como quedó explicado en la tercera parte del primer capítulo. En defensa de su existencia, la sociedad, en tanto que supuesta totalidad cerrada e idéntica, rechaza toda herida abierta en su interior que deforme su universo socio-simbólico y que posibilite la presencia de lo distinto. A su vez, la comunidad de vida marginal, justamente por ser la herida abierta que in-siste, niega la realidad que le impide ser posibilidad de nuevo orden de vida que aún *no es*.

La confrontación es así un hecho inevitable, en tanto que la relación entre el hombre integrado y el expulsado es en rigor una *no-relación*, pues el ciudadano-consumidor y el expulsado están separados por el abismo existente entre un mundo dado y uno por-venir, entre la conciencia dada y una conciencia otra que no es más que la in-sistencia de un orden de pensamiento por-venir. La confrontación, que implica una separación radical entre el ciudadano-consumidor y el expulsado desvanece la ilusión de unidad e identidad de la sociedad dando paso a la *guerra*, la misma que se hace presente en la imposibilidad de definición recíproca entre términos que ya no están en común.

Según Levinas: “*En la guerra los seres se niegan a pertenecer a una totalidad, rechazan la comunidad, rechazan la ley; ninguna frontera detiene el uno en el otro y lo define. Se afirman reascendiendo la totalidad, cada uno se identifica, no por su lugar en el todo, sino por su sí.*”⁵⁵⁴ Entre el hombre integrado y el expulsado no existe un todo que los una, solo existe el límite que los separa y los confronta al interior de una guerra que supone

⁵⁵⁴ Levinas, Emmanuel, *Totalidad e infinito, ensayos sobre la exterioridad*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1977, p. 235.

básicamente la trascendencia del antagonista. Ninguna de las dos partes en conflicto están dispuestos a reconstruir la totalidad lo único que buscan es destruirse. Por un lado, la sociedad, a través de sus estados inventa políticas de seguridad ciudadana que criminalizando la pobreza intentan eliminar las comunidades de vida marginal. Por el otro lado, los excluidos cuando avanzan en la ocupación de los espacios públicos o en la apropiación de tierras y bienes de los ciudadanos-consumidores, van borrando el texto social establecido.

En esta guerra se desata un espiral de violencia cotidiana producto de la ruptura de la totalidad social. Disuelta la unidad social los hombres integrados, a través de sus instituciones, busca la liquidación física del expulsado en la imposibilidad de su integración simbólica. A la violencia inevitable de la sociedad el expulsado opone el tiempo y el espacio del deseo que aplaza el momento de su muerte en la apertura del *aún no* que en su in-sistencia destotaliza la realidad social dada. Según Levinas:

...a la violencia inevitable de la muerte opone su tiempo, que es el aplazamiento mismo. (...) El tiempo es precisamente el hecho de que toda existencia del ser mortal –ofrecido a la violencia– no es el ser para la muerte, sino el ‘aún no’ que es una modalidad de ser contra la muerte. Una retirada frente a la muerte en el seno mismo de su cercanía inexorable.⁵⁵⁵

El tiempo del aún-no, modalidad de ser contra la muerte, es el tiempo del deseo que in-siste como promesa de una existencia que aún *no es*. En este sentido, el tiempo que separa al expulsado de la muerte, es la realidad del deseo que busca lo otro absoluto y radical. Si el deseo es el principio articulador de la ética marginal, la oposición del expulsado a la violencia sistémica es fundamentalmente ética. Su fuerza es la fuerza ética del deseo que como in-sistencia de un mundo por-venir se niega a ser contenido, comprometido y por lo tanto englobado en la lógica social. Su oposición a la violencia lo hace permanecer *infinitamente trascendente, infinitamente extranjero*.

Esta condición de extranjero se manifiesta como indiferencia, actitud cotidiana que es la negación práctica al mandato del poder ya que implica la suspensión del flujo simbólico por medio del cual el sujeto está atrapado en el Gran Otro. Bien se podría decir que se da una interrupción del mensaje interpelante del poder, la misma que produce los siguientes efectos: a) suspensión de la relación moral del excluido con la sociedad, b) ruptura del compromiso social que involucra al individuo con los problemas y la marcha de la sociedad, c) liquidación del reconocimiento a la autoridad socialmente establecida, d) cesación del lazo simbólico-

⁵⁵⁵ Ídem., p. 237.

subjetivo que liga a la persona al destino impuesto por la sociedad, e) disolución del mundo que puede ser común. La indiferencia es así el rasgo fundamental del abismo que se abre entre el destino de la sociedad y el destino de los excluidos. Indiferencia que tiene que ver también con el hecho de que el expulsado, específicamente los niños de la calle según Shaw:

...tiene el poder sobre su propia vida y tiene la responsabilidad de ganar dinero, de preparar la comida, de protegerse y de encontrar un tejido de apoyo. En términos psicoanalíticos, el gamín ha robado el falo de su dueño (el padre, la familia, el Estado). Porque hay solo un falo –porque imaginamos que el poder es singular y entero– este acto de rebelión castra a las autoridades.⁵⁵⁶

Así, la indiferencia no es un cuestionamiento al orden social, sino la negación del mismo por la falta de fe, de credibilidad en su posibilidad. Es una manera de dejar-se fuera de la red significativa que organiza lo social; una manera de decir NO al proyecto moderno y confrontarlo.

La confrontación entre la sociedad y la comunidad de vida marginal es una contradicción que no se resuelve en la síntesis reconciliatoria de la dialéctica funcional, por la cual la antítesis es reabsorbida en la totalidad. La mayoría de políticas sociales de reintegración de los grupos marginales han fracasado, demostrando la impotencia del poder para aprehender a los excluidos. Cuando el poder ya no puede aprehender, puede matar, es así que se puso en funcionamiento el programa de asesinatos selectivos a niños, jóvenes y adultos marginalizados. Levinas plantea que: *“El homicidio ejerce un poder sobre aquello que se escapa al poder.[...] Yo solo puedo querer matar a un ente absolutamente independiente, a aquel que pasa infinitamente mis poderes y que por ello no se opone a ellos, sino que paraliza el poder mismo del poder. El Otro es el único ser al que yo puedo querer matar.”*⁵⁵⁷

Sin embargo, ni siquiera el homicidio, que no es dominar sino aniquilar físicamente al expulsado, ha podido reconstituir la unidad social, por tres asesinados cien hombres son expulsados a la calle por la lógica económica capitalista. La única manera en que la sociedad acabe ciertamente con la marginalidad es negándose a si misma, pues el expulsado no es más que la encarnación del vacío, de la falta, de la imposibilidad estructural del capitalismo. La

⁵⁵⁶ Shaw, Kurt, *Edipo en la Calle, La lógica de la exclusión en la infancia callejera*, Shine a Light, Ensayos para entender la Calle, Marzo 2003, <http://www.shinealight.org/library.html>, <http://www.shinealight.org/Edipo.doc>, p. 12.

⁵⁵⁷ Levinas, Emmanuel, *Totalidad e infinito, ensayos sobre la exterioridad*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1977, p. 212.

negación total de la exclusión absoluta acabaría con la historia presente, lo que significa el fin de la civilización y no su restitución.

Desde esta condición la relación del expulsado con la sociedad es de no-participación, de no-correspondencia; no tiene parte en la sociedad, nada de ella le toca ni le llega a no ser su carencia. Nada tiene que pagar a la sociedad que nada le ha dado, tampoco debe devolver algo que nunca tuvo: ni como objetos, ni como afectos, ni como favores. Está absuelto, de hecho, de mostrar algún tipo de gratitud o de responder al llamado del Gran Otro. No *pertenece* a la sociedad y no tiene porque guardar proporción con ella. No está obligado a amarla ni a atenderla. Su posición es en este sentido de libertad que podría traducirse en libertad de negación de aquello respecto a lo que es libre, por lo tanto su posición manifiesta una “exterioridad”.

La suspensión del tiempo histórico

La marginalidad urbana avanzada en su condición de resto de lo social establece un límite a la lógica económica, a la lógica política, a la lógica jurídica y la lógica ideológica que organizan la totalidad social vigente, como se explicó en el primer capítulo de esta investigación. Límite que pone en movimiento la contradicción inherente al mundo capitalista, su imposibilidad inmanente, su falta constitutiva y abre el *núcleo traumático ahistórico, el “núcleo ahistórico de lo Real”*⁵⁵⁸, que suspende la linealidad y continuidad histórica de la sociedad actual.

En el marxismo, para Žižek, este núcleo traumático es la lucha de clases, el antagonismo clasista que no es otra cosa que el límite que impide el cierre y la totalización del campo social. Impedimento que suspende el tiempo histórico y anticipa lo posible y en esa medida es el signo de que lo definitivo no es definitivo. En otras palabras, la suspensión de la continuidad histórica muestra que es posible establecer una distancia con el presente capitalista, que este no es eterno ni definitivo y que en todo momento se puede comenzar. Es a partir de esta interrupción histórica que la civilización capitalista se presenta como una sociedad históricamente determinada, como un evento histórico, como algo finito. El progreso, el desarrollo, la razón instrumental y productiva, la propiedad privada, la

⁵⁵⁸ Žižek, Slavoj, *¡Goza tu síntoma! Jacques Lacan dentro y fuera de Hollywood*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1994, p. 105.

acumulación, etc., es decir todos los referentes modernos, parecen haber encontrado su límite histórico.

Este tiempo suspendido en el que lo *definitivo no es definitivo*, supone la posibilidad, no de recuperar todo aquello que podría haber sido, sino la posibilidad de abrirse a lo infinito del por-venir en la creación de un nuevo texto por medio del cual “*el pasado sofocado habrá sido*”. Es la posibilidad de colocarse al margen de la responsabilidad de cumplir un destino trazado y ponerse de nuevo en la aventura de la existencia por hacer-se, por fecundarse. Levinas diría: “*Un ser capaz de otro destino que el suyo, es un ser fecundo.*”⁵⁵⁹

El paréntesis ahistórico trasciende por su discontinuidad la pesadez del destino, produce lo irreparable en el ser social, logrando que lo irreversible devenga reversible. Este intervalo abierto en el antagonismo libera al hombre de la sujeción a un destino, en tanto es un “tiempo muerto” y por lo mismo producción de lo infinito no totalizable ni englobable por lógica alguna, ya que es posibilidad de un por-venir que no *es aún*.

En este tiempo suspendido el expulsado se libera de su identidad social y simbólica entonces puede ser otro más que sí mismo, puede lanzarse a la aventura sin retorno, aislarse de la línea continua del progreso social y poner-se *por fuera* del tiempo y del espacio de la sociedad, a pesar de ser su núcleo duro. Siguiendo las tesis de Zizek, la marginalidad urbano avanzada sería: “...*el momento de discontinuidad, de ruptura, en el que el ‘flujo del tiempo’, lineal se suspende, se detiene, se ‘coagula’, porque en él resuena directamente –es decir desviándose de la sucesión lineal del tiempo continuo– el pasado que estaba reprimido, empujado fuera de la continuidad establecida por la historia prevaleciente.*”⁵⁶⁰ De hecho, en la marginalidad urbano avanzada resuena de manera directa el pasado reprimido, las voces de los excluidos de todas las épocas, que se han dado cita en la sincronía del significante marginal como sincronización del pasado con el presente.

En el aislamiento del marginal queda entre paréntesis la totalidad del campo ideológico y simbólico que legitima y sostiene el orden social, como continuidad, como evolución, como desarrollo y progreso. Se produce de esta manera el cortocircuito que trae el pasado al presente en el instante de lo que in-siste como promesa de futuro. Es una

⁵⁵⁹ Levinas, Emmanuel, *Totalidad e infinito, ensayos sobre la exterioridad*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1977, p. 289.

⁵⁶⁰ Zizek, Slavoj, *El sublime Objeto de la Ideología*, Siglo XXI editores, México, 1999, p. 187.

sincronización de pasado y presente, no como universos de significados, esto es, no como positivities, sino como significantes puros, como negatividades, desde donde el deseo se abre como in-sistencia de mundo distinto. Así la ética marginal del deseo está preñada de la “*dimensión abierta del futuro*” y será desde él desde donde se realice retroactivamente el texto que narre el significado de las comunidades de vida marginal, en la historia social.

Por ahora la marginalidad urbano avanzada es esa in-sistencia despojada de sentido y de realidad que se constituye en *el afuera*, en el punto en blanco dentro de la historia. Forma particular de existencia que solo puede pensarse al interior de ese “núcleo a-histórico” donde se pone en movimiento el punto de excepción donde el Mundo Moderno se descubre como el opuesto de sí mismo. El punto donde el capital como residuo se enfrenta a sí mismo como totalidad positiva, desde la corporeidad de la comunidad de vida marginal. Lo marginal no es sino el punto fallido del proceso de reproducción de la sociedad capitalista.

El fenómeno de la marginalidad urbana avanzada, en el contexto del mundo actual, es ese misterioso cuerpo extraño en el tejido social que desintegra desde dentro la consistencia de la realidad. El fantasma, el “muerto-vivo” que más allá de su condición de “excremento” insiste por lo absolutamente otro. Es por esto que su proximidad y crecimiento expone a la sociedad a un peligro mortal, al peligro de su desintegración simbólica por su resistencia a su simbolización a su integración vía solución imaginaria. Es por este motivo que frente a la cercanía del marginal huimos, pues como afirma Zizek:

...es fácil amar la figura idealizada de un prójimo pobre e indefenso, el hambriento africano o indio, por ejemplo; en otras palabras, es fácil amar al prójimo mientras éste se encuentra suficientemente lejos de nosotros, mientras existe una distancia conveniente que nos separa. El problema se plantea en el momento en que se nos acerca demasiado, cuando comenzamos a sentir su sofocante proximidad: en este momento en que el prójimo se nos revela en demasía, el amor puede convertirse súbitamente en odio.⁵⁶¹

Sin embargo, no es fácil huir, la marginalidad urbana avanzada crece y se extiende rápidamente por todo el continente imponiendo su presencia fantasmal. Aparecen y desaparecen como mensajeros de la muerte. Son “manchas” que irrumpen y abren un vacío de sentido que suspende la vida cotidiana. El tropiezo con estos fantasmas urbanos produce el horror propio a lo desconocido, a aquello que por no estar simbolizado expresa el límite de la civilización, al interior de la cual creemos existir. Miedo a ese misterioso cuerpo extraño que

⁵⁶¹ Ídem., p. 21.

carcome la certeza de la realidad. Miedo a que nos roben la libertad que no tenemos, la igualdad que no existe, la humanidad que no conocemos, miedo a que el “mal” se extienda, nos atrape y destruya la apariencia en la que se sostiene la vida de los hombres integrados. Es quizá por esto que la sociedad de los ciudadanos-consumidores primero desterraron a los empobrecidos y ahora buscan su exterminio físico, creyendo que limpiando la ciudad de la *basura* volverán al orden que imaginaron haber perdido. Shaw dice:

La gente buena intenta devolver a los gamines a sus familias o les llevan a los hogares y a los albergues. Los vigilantes matan a los gamines a sangre fría, sabiendo que las y los chicos (as) de la calle son *hominis sacrae* – que la sociedad lo ha abandonado y que no habrá castigo para los que los maten.⁵⁶²

El nuevo carácter del proletariado

Como última conclusión queremos dejar abierto un debate a propósito de la categoría de proletariado.

Para Carlos Marx, el proletariado se encontraba integrado por los obreros activos y los obreros cesantes, estos últimos constituían la llamada superoblación relativa o ejército industrial de reserva. Según este autor: “*La acumulación capitalista produce de manera constante, antes bien, y precisamente en proporción a su energía y a su volumen, una población obrera relativamente excedentaria, esto es, excesiva para las necesidades medias de valorización del capital y por tanto superflua*”.⁵⁶³ Si el desempleo persistía mucho tiempo, una parte de esta población de obreros cesantes era confinada al fondo más profundo de la sociedad, al pauperismo. Para el mismo autor:

El sedimento más bajo de la sobreoblación relativa se aloja, finalmente, en la esfera del pauperismo. Se compone prescindimos aquí de vagabundos, delincuentes, prostitutas, en suma, del lumpemproletariado propiamente dicho de tres categorías. La primera la constituyen personas aptas para el trabajo. Basta con lanzar una mirada superficial sobre las estadísticas del pauperismo inglés para encontrar que su masa se engruesa con cada crisis y decrece con cada reanimación de los negocios. La segunda: huérfanos e hijos de indigentes. Son candidatos al ejército industrial de reserva y en épocas de gran prosperidad, como por ejemplo en 1860, se los alista rápida y masivamente en el ejército obrero activo. La tercera: personas degradadas, encanallecidas, incapacitadas de trabajar. Se trata, en especial, de obreros que sucumben por la falta de movilidad a que los condena la división del trabajo, de personas que viven más allá de la edad normal de un obrero, y por último de las

⁵⁶² Shaw, Kurt, *Edipo en la Calle, La lógica de la exclusión en la infancia callejera*, Shine a Light, Ensayos para entender la Calle, Marzo 2003, <http://www.shinealight.org/library.html>, <http://www.shinealight.org/Edipo.doc>, p. 14.

⁵⁶³ Marx, Carlos, *El Capital, Crítica a la Economía Política, Tomo I*, Siglo XXI Editores, p. 784.

víctimas de la industria, cuyo número se acrecienta con la maquinaria peligrosa, la expansión de la minería, de las fábricas químicas, etc.: mutilados, enfermos crónicos, viudas, etc. El pauperismo constituye el hospicio de inválidos del ejército obrero activo y el peso muerto del ejército industrial de reserva. Su producción está comprendida en la producción de la pluspoblación, su necesidad en la necesidad de ésta, conformando con la misma una condición de existencia de la producción capitalista y del desarrollo de la riqueza⁵⁶⁴

En atención a esta categorización es claro que las comunidades de vida marginal de los habitantes de la calle, analizados en esta investigación, bien pueden entrar dentro de este sector social descrito por Marx. Los habitantes de la calle, no son otra cosa que el proletariado arruinado que, producto del desempleo estructural y del desarraigo laboral, tienen que buscar su sustento fuera del proceso productivo. La diferencia entre la época de Marx y la nuestra es quizás la dimensión numérica de este sector, pues, como este mismo autor sostiene, este sector crece y se expande al mismo ritmo de la acumulación de capital y no es desconocido que la época de mayor acumulación y concentración de capital es la que vivimos actualmente.

Para Marx este sector social es extremadamente débil e ideológicamente desclasado, lo que le hace susceptible de ser atrapado y manipulado por la burguesía y el poder incluso como arma en contra de la lucha del proletariado conciente. Después de realizar esta investigación ponemos en duda esta aseveración como válida para el momento actual, no porque se plantee que esta población cuente hoy con una ideología propia, sino porque el no contar con ella lo hace más peligroso para la permanencia del orden social. El hecho de que el Marginal no cuente con una ideología propia y haya sido excluido de forma absoluta de la sociedad es justamente lo que lo constituye en la falla, en el excremento, en el exceso, que en su ensanchamiento provoca la suspensión de la historia.

El volumen de la población marginal urbano avanzada crece sin cesar por el planeta, al mismo nivel que crece la acumulación de capital y tanto su crecimiento como su irreversible exclusión la va constituyendo en el Otro antagónico, que siendo parte constitutiva del sistema se opone a la lógica del capital. Parafraseando a Žižek, podemos decir que la marginalidad urbano avanzada es ese cuerpo extraño dentro del tejido social: los niños de la calle, los niños en la calle, los hombres y mujeres engendrados y expulsados por el capital, los vagabundos, los locos, los ladrones los, intelectuales expulsados de las instituciones académicas, los trabajadores expulsados de la industria, los artistas fuera de las galerías y los teatros, “*los que*

⁵⁶⁴ Ídem. p. 803.

*no tienen nada que salvaguardar”, “los que desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase”.*⁵⁶⁵

Por último, concluida esta investigación, creemos que el artículo de Rosa Luxemburgo, “Navidad en el Asilo de la Noche”, es la mejor manera de cerrar este estudio, y abrir el debate sobre el mundo marginal:

Un acontecimiento acaba de turbar cruelmente la atmósfera de fiesta de nuestra capital. Las almas piadosas venían justamente de entonar el bello canto tradicional: "Navidad de alegría, Navidad de misericordia" cuando se esparció bruscamente la noticia de que un envenenamiento en masa acababa de producirse en el asilo municipal. Las víctimas eran de diversas edades: Joseph Geihe, empleado, 21 años, Karl Melchior, obrero, de 47 años, Lucien Scieptarowski^[*], 65 años, etc. Cada día se traían nuevas listas de hombres sin albergue, víctimas del envenenamiento: La muerte los finiquitaba por todas partes: en el asilo, en la prisión, en el "chauffoir" público o simplemente en la calle, acurrucados en cualquier rincón. Antes que el año nuevo naciera, al son de las campanas, 150 se retorcieron presas de los espantos de la agonía y 70 estaban ya muertos.

Durante muchos días, el modesto edificio de la calle de Froebel, que todo el mundo rehuye en tiempo ordinario, concentra hoy sobre él, la atención general. ¿Cuál era, pues, la causa de este envenenamiento en masa? ¿Se trataba de una epidemia o de un envenenamiento provocado por el consumo de alimentos en descomposición? La policía se dio prisa en restablecer la tranquilidad de la población: No se trataba de una enfermedad contagiosa. Mejor dicho, el hecho no presentaba ningún peligro para la población decente, para las gentes distinguidas de la ciudad. La muerte no tocaba más que a los "habitués" del asilo de noche, los cuales, con ocasión de la fiesta de Navidad habían ingerido, arenques podridos o aguardiente infectado, "a très bon marché". Pero aquellas gentes ¿dónde se habían conseguido esos arenques podridos? ¿Los habían comprado a un vendedor ambulante de pescado? ¿O los habían recogido de los montones de basura en el mercado? Esta última hipótesis fue inmediatamente descartada por la perfecta razón de que los desechos de los mercados, no constituyen, como podrían imaginarlo las gentes superficiales ignorantes de las sanas medidas de la economía política, un bien sin dueño, del cual el primer vagabundo que llega se puede apropiarse. Estos desechos son reunidos y vendidos a grandes empresas que les utilizan para el engorde de puercos. Se les desinfecta y muele cuidadosamente. Así sirven de alimento a ese rebaño. Individuos vigilantes de la policía de mercados velan para evitar que los vagabundos vengán a tomar sin autorización el alimento de los puercos, para comerlo así sin desinfectar y sin moler. Era, pues, imposible que, como algunos lo imaginan fácilmente, los sin albergue hubieran recogido su festín de Navidad entre los montones de basura de los mercados. Es por esto que la policía buscaba al vendedor ambulante o al pulpero que ha vendido el aguardiente infectado, que determinó el envenenamiento.

En el transcurso de toda su existencia Joseph Geihe, Karl Melchior, Lucien Scieptarowski*, no habían nunca atraído la atención, tanto como hoy. Pensad, pues, que gran felicidad! Verdaderas juntas médicas secretas investigan prolijamente entre los intestinos de las recientes víctimas. El contenido de sus estómagos, para los cuales el mundo había hasta entonces manifestado tanta indiferencia, es ahora examinado minuciosamente y hecho objeto de apasionadas discusiones en toda la prensa. Los periódicos anuncian que diez de "esos" señores se ocupan en preparar líquidos para el cultivo del bacilo, causa del envenenamiento. Por otro lado, se quiere saber de una manera precisa dónde cayó enfermo cada uno de esos miserables; ¿en el "Tenil" donde la policía encontró muerto a alguno de ellos o en el asilo donde otros habían pasado la noche? Lucien Scieptarowski, ha devenido súbitamente una importante personalidad y si él no fuera en este momento cadáver de olor nauseabundo sobre la mesa de disección, seguramente tendría para inflarse de vanidad.

⁵⁶⁵ Marx, Carlos, Engels, Federico, *Manifiesto del Partido Comunista*, Ed. El pensador, Bogotá, 1999, p. 33.

Si, el emperador mismo –que ¡Dios sea bendito!, está preservado de peores males, gracias al aumento por la vida cara, de tres millones de marcos que le ha sido acordada sobre su pensión civil que recibe en calidad de rey de Prusia– el emperador mismo, pide insistentemente noticias de los envenenados en tratamiento en el hospital municipal. Y su alta esposa, femenina y enternecidamente, hace por intermedio del chamberlán von Winterfeld, expresar su condolencia a M. Kirschner, burgomaestre de la ciudad. En verdad, el burgomaestre Kirschner, no ha comido arenque a pesar de su baratura y se encuentra él con su familia en excelente salud. No es tampoco que nosotros lo sepamos pariente o relacionado de Joseph Gehie o de Lucien Sciptierovski. Pero después de todo ¿a quién el señor chamberlán Von Winterfeld, debía expresar las condolencias de la emperatriz? No podía evidentemente transmitir las salutations de su majestad a los pedazos de cadáveres que yacían sobre la mesa de disección. En cuanto a los miembros de sus familias ¿hay alguien que los conocía? ¿Quién podría encontrarlos en los cabarets, los hospicios, los barrios de prostitución, y también en las usinas y las minas donde ellos trabajan? Es por esto que el burgomaestre M. Kirschner acepta en nombre de ellos la condolencia de la emperatriz, lo que le da fuerzas para hacer suyo y soportar estoicamente el dolor de los parientes de Scipterovski.

Ante la catástrofe, en el Concejo Municipal igualmente, se dio pruebas de sangre fría viril. Se hizo investigaciones. Se redactó comunicados cubriendo de tinta innumerables fojas de papel. Pero a pesar de todo, se tuvo siempre la cabeza en alto y contra los espantos de la agonía en los cuales otros hombres se debatían, el permaneció con valor también, con el estoicismo de los héroes antiguos delante de su propia muerte.

Y sin embargo, todo este suceso ha puesto una nota discordante en la vida pública. Ordinariamente nuestra sociedad conserva cierto carácter de decencia exterior. Ella observa la honorabilidad, el orden y buenas costumbres. Aunque es cierto que hay lagunas o imperfecciones en la estructura y en la vida del Estado.

¿Pero después de todo, el Sol también no tiene manchas? ¿Y existe aquí, abajo, alguna cosa perfecta? Los obreros mismos, yo entiendo los mejor pagados, los que están organizados, creen de Buena voluntad que la existencia y la lucha del proletariado se prosiguen dentro de límites de honorabilidad y compostura. ¿La gris teoría del pauperismo no ha sido refutada ya desde hace tiempo? Todos saben bien que existen asilos de noche, mendigos, prostitutas, "soplones", criminales y otros elementos de perturbación. Pero se piensa ordinariamente en esto, como en algo lejano, existente en alguna parte, fuera de la sociedad propiamente dicha.

Entre la clase obrera decente y sus parias, hay un muro y se piensa raramente en los miserables que se arrastran en el fango, al otro lado del muro. Pero, bruscamente algo sucede, algo que hace el mismo efecto que si en un círculo de gentes bien educadas, amables y distinguidas, alguien descubriera por casualidad en medio de los muebles caros y preciosos, las huellas de un crimen abominable o de innobles corrupciones. Bruscamente un horrible espectro arranca a nuestra sociedad su máscara de compostura y enseña a todos que su honorabilidad no es más que el atavío de una prostituta. Bruscamente aparece que la superficie brillante de la civilización cubre un abismo de miseria, de sufrimiento y de barbarie. Verdaderos cuadros del infierno surgen, en los que se ven criaturas humanas hurgando en los montones de basura. Buscan los desechos, retorciéndose en los espantos de la agonía. Se les ve así, agonizando, enviar a lo alto su aliento pestilente.

Y el muro que nos separa de este siniestro reinado de sombras aparece bruscamente como un simple decorado de papel pintado.

¿Quiénes son, pues, estos habitués del asilo de noche envenenados por el arenque podrido o el aguardiente infecto? Un dependiente de almacén, un albañil, un tornero, un herrero, obreros, obreros, nada más que obreros. ¿Y quiénes son, pues, los sin nombre que no han podido ser identificados por la

policía? Obreros, siempre; nada más que obreros, en todo caso que lo eran todavía no hace mucho tiempo.

Y, en verdad, ningún obrero está garantizado contra el asilo, o el arenque podrido. Ahora, vigoroso todavía, honesto, trabajador, ¿qué devendrá mañana si ya no es recibido en su trabajo porque habrá alcanzado el fatal límite de edad o que su patrón lo declara inutilizable? ¿Qué será de esta vida si mañana cae víctima de un accidente que hará de él un inválido, un mendigo? Se dice: las gentes fracasadas en el asilo, no son en su mayor parte más que débiles y malos elementos. Viejos con el espíritu débil, jóvenes criminales, de atenuada responsabilidad. Es posible, pero los malos elementos de las clases superiores no caen nunca en el asilo sino son enviados a los sanatorios o al servicio de las colonias donde puedan satisfacer con toda libertad sus perversos instintos en las personas de los negros y de las negras. Ancianas reinas y grandes duquesas que devienen idiotas, pasan el resto de sus días en palacios suntuosos rodeadas de una muchedumbre de respetuosos servidores. Para el viejo sultán Abdul Amid, ese monstruo abyecto que tiene sobre su conciencia millares y millares de víctimas y en el que, sus crímenes innumerables y sus excesos sexuales han entorpecido sus sentidos, la sociedad lo tiene preparado como último refugio una espléndida villa con magníficos jardines, cocineros de primer orden y un harem de florecientes mujeres, de doce años para arriba. Para el joven criminal Prosper Eherenberg, una prisión confortable, bien provista de champagne, de ostras y una gozosa sociedad. Para los príncipes de instintos pervertidos, la indulgencia de los tribunales la abnegación de esposas heroicas y la dulce consolación de una buena y añeja cara. Para Madame d'Kbestein, C- sa mujer que tiene sobre su conciencia un asesinato y un suicidio, una confortable existencia burguesa, "toilettes" de seda y la simpatía discreta de la sociedad.

Pero los viejos proletarios en los que la edad y el trabajo y las privaciones, han debilitado el espíritu, revientan como los perros de Constantinopla, en las calles, contra las palizadas, en los asilos, el arroyo y al lado de ellos se encuentra por todo rastro una cola de arenque podrido. La división de clases se prosigue duramente, cruelmente, hasta en la locura, hasta en el crimen, hasta en la muerte. Para la canalla aristocrática, la indulgencia de la sociedad y los goces hasta el último sorbo. Para el Lázaro proletario, el hambre y el bacilo de la muerte en los montones de basura.

Es así como se acaba la existencia reservada al proletario en la sociedad capitalista. Apenas sale de la infancia, comienza como un obrero trabajador y honesto en el infierno del servicio paciente y cotidiano en provecho del capital. Por millones y decenas de millones la recoleta de oro se aumenta en las granjas de los capitalistas. Una ola de riquezas de más en más formidable se vierte en los Bancos y las bolsas de valores. En tanto, los obreros en masas grises y silenciosas atraviesan cada tarde las puertas de las usinas y de las construcciones, como las pasaron en las mañanas, miserables, vagabundos, comerciantes eternos que llevan al mercado el solo bien que poseen: su propia piel.

De tiempo en tiempo un accidente, una tempestad los barre por docenas y por centenas de la superficie de la tierra. Una pequeña interlínea en el periódico, una cifra redonda, hacen conocer brevemente el accidente. Al cabo de algunos días se les ha olvidado y su último suspiro es apagado por el jadeo y las trepidaciones de la carrera de las ganancias. Al cabo de algunos días, nuevas decenas y centenas, ocupan sus plazas bajo el yugo del capital,

De tiempo en tiempo sobreviene una crisis, semanas y semanas de paro, de lucha desesperada con el hambre. Siempre el obrero consigue prenderse a cierta capa infernal, feliz de poder tender de nuevo sus músculos y sus nervios al servicio del capital.

Sin embargo, las fuerzas disminuyen poco a poco. Un prolongado "chómage", un accidente, la vejez que se aproxima y he aquí, al obrero obligado a aceptar la primera ocupación que encuentra. Pierde su profesión y cae cada vez más bajo irremediamente. El azar domina bien pronto su existencia, la desgracia lo persigue. El encarecimiento de la vida lo golpea cada vez más duramente. La energía

constantemente desplegada en la lucha por el pan, se relaja al fin; su amor propio desaparece y he aquí que bien pronto se encuentra ante la puerta del asilo de noche y en otros casos ante la de la prisión.

Todos los años, millares de existencias proletarias, se desplazan así, fuera de las condiciones de existencia normal de la clase obrera, hacia los bajos fondos de la miseria. Se desplazan insensiblemente como un sedimento, sobre el suelo de la sociedad, igual que las sustancias inútiles, de los que el capital no puede sacar ya ningún provecho: igual que un montón de basura humana que la sociedad barre despiadadamente con su escoba de fierro. El brazo de la ley, el hambre y el frío proceden aquí a su entera comodidad. Y en fin de cuentas, la sociedad burguesa tiende a sus parias la copa de veneno que hace desaparecer.

"El Sistema de asistencia pública, dice Carlos Marx en "El capital", está representado por la casa de inválidos, los obreros ocupados y el peso muerto de los "sin trabajo". En la sociedad capitalista el trabajo está indisolublemente ligado al paro. El uno y el otro son igualmente necesarios; el uno y el otro son una condición indispensable de la producción capitalista. Más son considerables la riqueza social, el capital explotador, las dimensiones y velocidad de su crecimiento y por consecuencia la plenitud absoluta del proletariado y del rendimiento de su trabajo y más considerable es la capa de sus desocupados. Pues, mientras más considerable es esta capa de desocupados en relación a la masa de obreros ocupados, es más considerable también la capa de obreros en excedente, reducidos a la miseria. Es esta una ley ineluctable de la producción capitalista."

Lucien Scipterovski que muere en la calle envenenado por un arenque podrido pertenece al proletariado, tanto como el obrero calificado que recibe buen salario, compra cartas postales de nuevo año y una dorada cadena de reloj. El asilo de noche y el "violon" son los dos pivotes de la sociedad actual, así como el palacio del canciller del Reich y la Banca de Alemania. Y el festín de arenque podrido y de aguardiente envenenada en el asilo de noche es el fierro invisible del caviar y del champagne en la mesa del millonario. Esos señores de los consejos médicos secretos pueden seguir buscando mucho tiempo al microscopio el germen de muerte en los intestinos de los envenenados y preparar líquidos de cultivo. El verdadero bacilo del que han muerto las gentes del asilo municipal, es la sociedad capitalista con sus cultivos.

Cada día los sin albergue mueren de hambre y de frío. Nadie se ocupa de ellos, a no ser el parte cotidiano de la policía. La emoción provocaba esta vez por este fenómeno banal se explica únicamente por su carácter de masa. Pues no es más que cuando su miseria adquiere un carácter de masa que el proletario puede obligar a la sociedad e interesarse por él. Hasta el mismo sin albergue en su aspecto de masa a simplemente tomada como un montón de cadáveres adquiere una verdadera importancia pública.

En tiempo ordinario, un cadáver es una cosa muda, sin la menor importancia. Pero hay cadáveres que hablan más alto que las trompetas e iluminan aventajando a las antorchas. Después del combate de barricadas del 18 de marzo de 1848, los obreros de Berlín, levantando en sus brazos los cadáveres de sus hermanos caídos en el curso de la lucha, los condujeron delante del palacio real y obligaron al despotismo a saludar a sus víctimas. Ahora se trata de levantar los cadáveres de los "sans-logis" de Berlín envenenados, que son la carne de nuestra carne, y la sangre de nuestra sangre, sobre nuestros brazos, nuestros millones de brazos proletarios y de conducirlos en la nueva jornada de lucha que se abre ante nosotros, a los gritos mil veces repetidos: "¡Abajo el orden social infame que engendra tales horrores!"⁵⁶⁶

⁵⁶⁶ Luxemburgo, Rosa, *Navidad en el Asilo de Noche*, Revista Amauta No 22, Perú 1929.